





**L**A vida no es sino un continuo recuerdo. Ella se compone de impresiones que se graban en nuestro cerebro y que nos acompañan durante toda nuestra existencia. Las emociones nos hacen revivir, y si queremos probar de haber vivido, debemos necesariamente evocar nuestras impresiones pasadas. Y estas impresiones, desde nuestra cuna, vienen paulatinamente formando nuestros ideales, nuestros caracteres y consiguen por dar a nuestro ser un sello profundo y característico. Muy bien se podría decir que la personalidad de cada individuo es el resultado de las impresiones que ha recibido.

En los momentos solitarios, en el ocaso de nuestro camino es, sobre todo, cuando amamos recordar. Más bien cuando se vive tan sólo de recuerdos. ¡Y recordar! Recuerdo una noche encantadora de verano que mecí en el Corro Santa Lucía para escuchar una pianista chilena, que hacía poco había regresado a su patria, después de haber conquistado tantos éxitos en la capital francesa; es ese París que vive palpitante, de arte exquisito, en ese París que podría llamarse el Museo universal artístico. Los coches subían lentamente el corro, la gente afuera en el simpático teatro de verano, ahora desaparecido, y, aclamada con entusiasmo por sus conacionales se presentaba con sencillez y elegancia distinguida la señorita Amelia Coq en el palco mecánico, a donde un piano esperaba ansioso las caricias de sus manos. Yo, que tenía frescos recuerdos de excelentes ejecuciones pianísticas europeas,

pasaba de sorpresa en sorpresa, escuchando las perfectas interpretaciones de aquella artista, en que la técnica no era el objetivo, sino un solo medio para expresar todos los

nobles sentimientos que se agitaban en su cerebro. A menudo oímos pianistas que poseen una técnica admirable, pero que nos dejan completamente indiferentes por la falta absoluta del pensamiento, que se interviene para nada en el movimiento maquinal de los dedos. Se cuenta que un día pidieron a Rubinstein un jukeo sobre una pianista entonces en gran boga. Después de oírlo en varios trozos, Rubinstein se quedó mudo; extrañados los asistentes, preguntáronle el motivo de su silencio y él levantando la cabeza que tenía entre sus manos, contestó: "Reflexionaba cómo hasta ahora, nunca se me había ocurrido que el piano se podía tocar tan sólo con las manos". Al contrario, cuando una personalidad bien definida, cuando una mente superior es la que guía el movimiento de las manos sobre un teclado, nos sentimos inmediatamente subyugados y hasta perdonamos algunas imperfecciones técnicas, siempre que el artista sienta hondamente lo que toca y nos comunique sus sensaciones. Y la señorita Coq era verdaderamente una privilegiada de la naturaleza. Sus manos dialogaban tiernamente en la poética serenidad de los antiguos clásicos (Couperin-Scarlatti); daban todo el encanto de exquisita delicadeza a la dolorida música de Chopin y la interpretación de cada autor era el resultado de un estudio concienzudo y sereno.

LUIGI STEFANO GIARDA.

## Recuerdos Artísticos [artículo]

## **AUTORÍA**

Giarda, Luigi Stefano 1868-1952

## **FECHA DE PUBLICACIÓN**

1916

## **FORMATO**

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

Recuerdos Artísticos [artículo]. il.

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile